

ALFAGUARA JUVENIL

Cuentos prohibidos por la abuela

Mireya Tabuas

Ilustraciones de Walther Sorg



Colegio:	Cardenal Cushing
Alum:	Mateo
Mate:	JAVIER
Curs:	QUINTEROS CARLO
Año:	P6B

ALFAGUARA

© 2009, MIREYA TABUAS
© De esta edición
2015, Santillana de Ediciones S.A.
Calle 13 No. 8078, Calacoto
La Paz - Bolivia
Teléfono: (591-2) 2774242
La Paz, Bolivia

Depósito Legal: 4-1-2210-14
ISBN: 978-99905-2-660-8
Impreso en Bolivia - *Printed in Bolivia*
Primera impresión: noviembre 2014

Edición:
ADRIANA RODRIGUEZ R.

Ilustraciones de cubierta y de interiores:
WALTHER SORG

Impreso en Bolivia por
Gráfica Conceptual

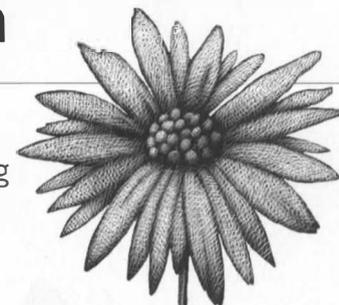
Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte,
ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de
información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico,
fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia,
o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

 **SANTILLANA**

Cuentos prohibidos por la abuela

Mireya Tabuas

Ilustraciones de Walther Sorg



ALFAGUARA



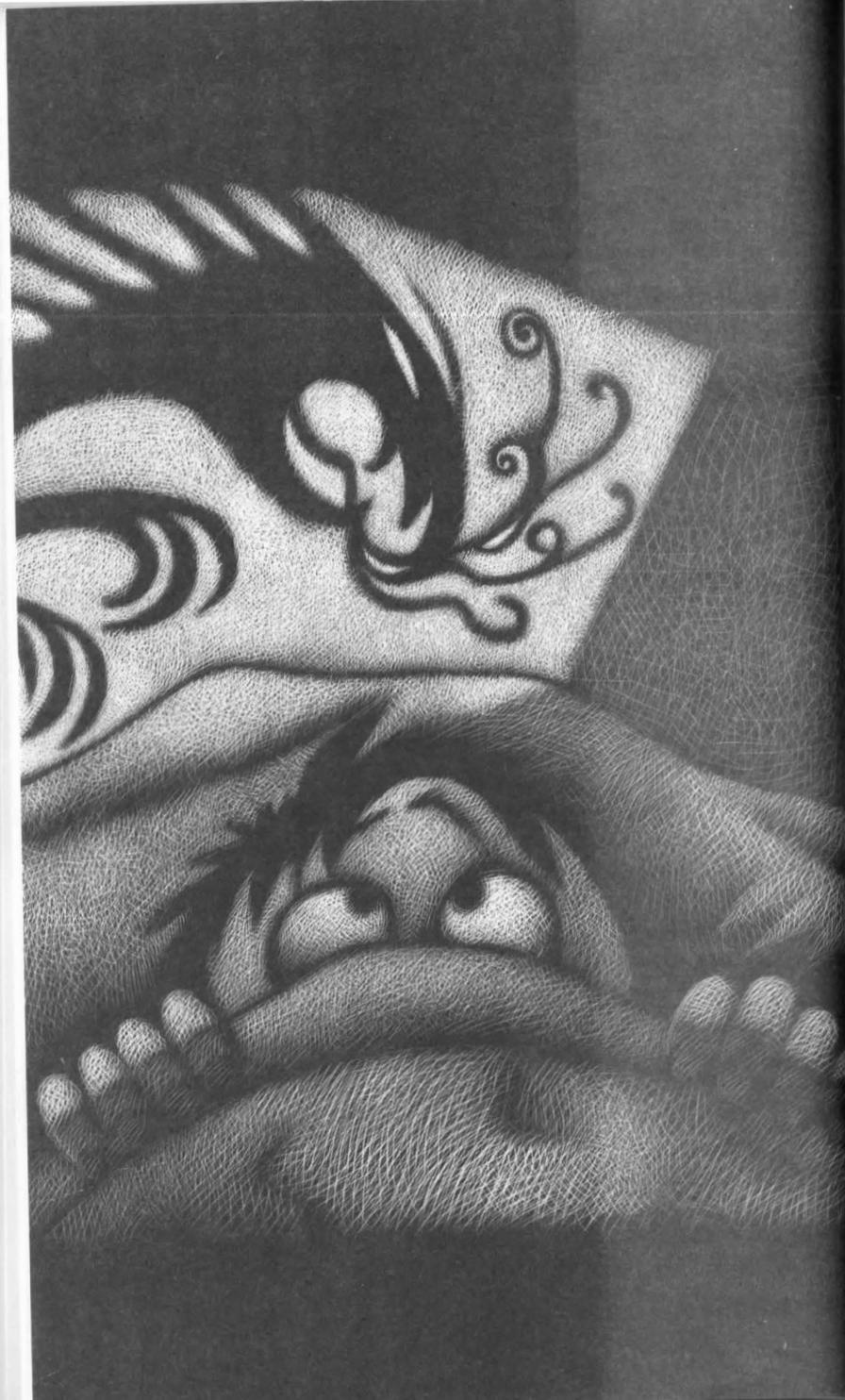
*Para la abuela Trina
que nunca prohibió nada.*



Índice

Hay un monstruo horrible en mi cuarto	11
Palito mantequillero	21
La fórmula de la felicidad	37
Asaltacunas y plancharrugas	47



A black and white illustration of a child's face peeking from under a patterned blanket. The child has a wide-eyed, slightly fearful expression. The blanket has a decorative, swirling pattern. The background is dark, suggesting a night scene.

■ Hay un monstruo horrible ■ en mi cuarto

De verdad que lo intento. Quiero ser valiente en la noche. No tener miedo. Pero es difícil.

Mi mamá se acuesta conmigo a las ocho. La luz está prendida. Me lee un cuento. En este de hoy hay una bruja que está enamorada de un príncipe azul, pero es una bruja buena porque no hace hechizos para convertir a nadie en sapo, sino que hace magia para que las rosas sean azules o para que las naranjas sean moradas. Poco a poco voy entrando en el cuento y me hago amigo de la bruja y hacemos juntos una sopa con sabor a chupichupi de fresa derretido. Entonces me quedo con la bruja en ese castillo que va creando la voz bonita de mi mamá. Y creo que me duermo. No siento que mamá se ha ido.

Cuando despierto, es tarde y está oscuro. Allí está la sombra. El monstruo horrible que hay en mi cuarto. Salgo corriendo para la habitación de mis papás. Mi mamá me acepta en la cama grande, pero mi papá se pone bravo y empieza a gritar que ya tengo diez años, que hasta cuándo, que desde hace rato pasé la edad de dormir solo.

Me manda para mi cuarto. Le dice a mi mamá que no me acompañe esta vez. Me prometo a mí mismo que sí, que voy a entrar solito, que estoy grande. Abro la puerta. Allí está la sombra. El monstruo horrible que hay en mi cuarto. Su figura se refleja detrás de las cortinas. Parece un dragón que echa fuego por la boca y que quiere entrar por la ventana.

Yo tiemblo y salgo corriendo y regreso a la cama de mis papás. Mi mamá me recibe y me calma con su voz bonita. Mi papá se pone aún más furioso y se va a dormir al sofá.

De verdad que lo intento. Quiero ser valiente en la noche. No tener miedo. Pero es difícil.

Mi mamá no me leyó ningún cuento esta vez. Me contó una historia inventada de un muchacho que es valiente y vence al monstruo que hay en el cuarto. No me convence mucho. Me dice que no voy a ver ningún dragón porque esta vez no apagará la luz completa sino que pondrá esa lamparita con la cabeza del pato Donald. Me quedo mirando el bombillo luminoso y así empiezo a imaginar que estoy en la playa y hace sol y no sé, no me doy cuenta cuando se va mi mamá.

Me despierto y es medianoche. La luz está prendida y ha asustado al monstruo de la ventana, ese dragón horrible con cuatro cabezas y cuatro lenguas de fuego. Sin embargo, no todo está bien. Bajo mi cama hay un misterio oscuro. Seré valiente y miraré, pero de lejos, desde la puerta.

Allá abajo se ve, es un león furioso lleno de pelos con unos dientes redondos y grandotes. Yo sé que fue él, y no el dragón de la ventana, quien se tragó a mi oso de

peluche, a mi pelota blanca y a los ocho soldaditos.

Corro al cuarto de mis papás. Mi mamá me abraza y mi papá le dice que me tiene muy mimado y que no permitirá que duerma en la cama grande. Me lleva para mi habitación obligado y me dice que mire, que no hay nada en ese cuarto, que hay luz y todo y que va a dejar la puerta abierta. Entonces se va y me quedo parado y empiezo a llorar con todos mis pulmones porque yo sé que va a venir de un momento a otro el león furioso que habita debajo de mi cama. Me voy a la sala y me quedo en el sofá con la televisión prendida en el canal de comiquitas.



De verdad que lo intento. Quiero ser valiente en la noche. No tener miedo. Pero es difícil.

Mamá no me lee un libro ni me inventa ningún cuento. Hoy dice que me va a contar una historia real de cuando ella era pequeña y le tenía miedo a dormir sola en el cuarto. Dice que ella antes de dormir siempre rezaba al ángel de la guarda y que su mamá le amarraba un hilo en el dedo meñique, un hilo azul que era del traje del ángel de la guarda para que se sintiera todavía más protegida. Tomó el hilo azul y me lo puso, dejó la lucecita prendida y me cantó esa canción que me cantaba de bebé y fue como una trampa porque ni me di cuenta cuando me dormí.

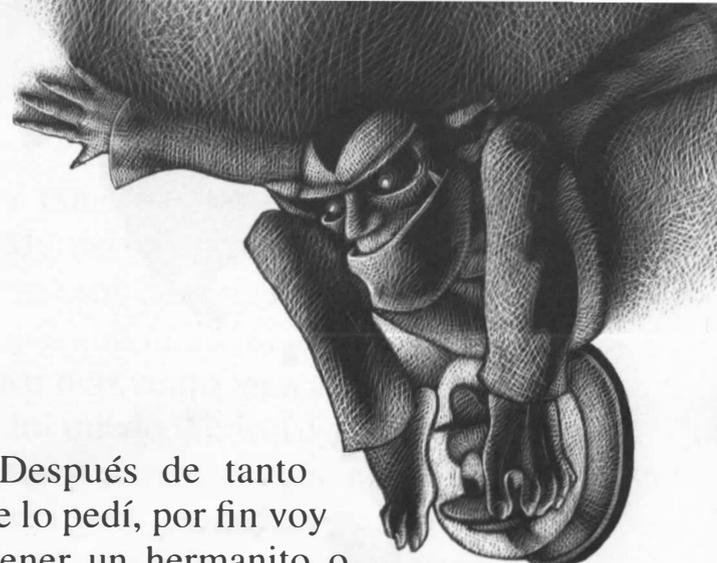
Me desperté y la luz del bombillo iba y se venía intermitente. Seguro que son los vampiros chupasangredeniños que viven en el techo. No me atrevo a mirar para arriba pero seguro que ellos están allí comiéndose la luz antes de venir y comerme a mí. Salí corriendo para el cuarto de mis papás.

Mi mamá me dio un montón de besitos. Mi papá me dijo cobarde y mujercita

y que pronto me va a salir barba y ac-
túo como un bebecito. Mi mamá se puso
brava con él porque me llamó cobarde y
mujercita y dijo que aún me faltaba mu-
cho para tener barba, y se vino conmigo
al cuarto, cambió el bombillo y se acostó
en mi cama conmigo abrazados los dos,
acurrucados. Ella se durmió antes que yo
y pude ver a mi papá entrar al cuarto y
vi que besó a mamá en la frente y sentí
cómo me acarició la cabeza y se fue con
pasos lentos y silenciosos.

De verdad que lo intento. Quiero ser
valiente en la noche. No tener miedo.
Pero es difícil.

Mamá no me lee un libro ni me inven-
ta ningún cuento ni me cuenta ninguna
historia de cuando era pequeña. Me dice
que me contará un secreto que
todavía no sabe ni siquiera
mi papá.



Después de tanto
que lo pedí, por fin voy
a tener un hermanito o
una hermanita.

Yo quiero un hermanito para poder
enseñarle a jugar con los soldados, para
que me acompañe en todos mis juegos de
computadora que son de guerra. Yo quie-
ro un hermanito, se lo digo, pero ella me
dice que puede ser una hermanita, que
eso no se sabe todavía porque está muy
chiquito o chiquita. Supongo que el pipí
será microscópico y puede confundirse
con una totona.

Y me pongo a pensar en todos los jue-
gos que voy a jugar con Ezequiel, sí, así se
va a llamar mi hermano. Jugaremos a los
guerreros conquistadores del espacio, ju-
garemos al escondite y a la ere paralizada
y a los piratas descubridores de tesoros.

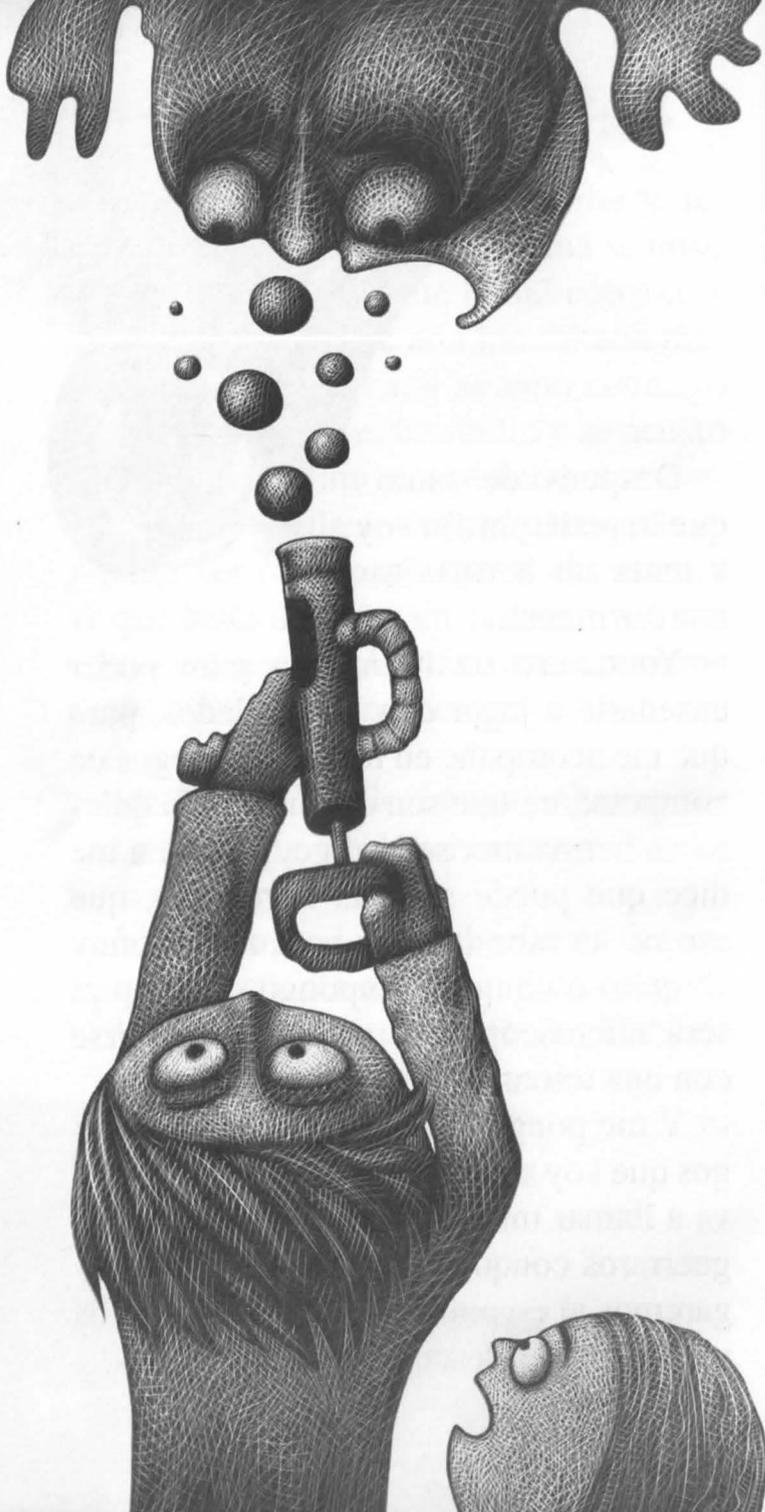


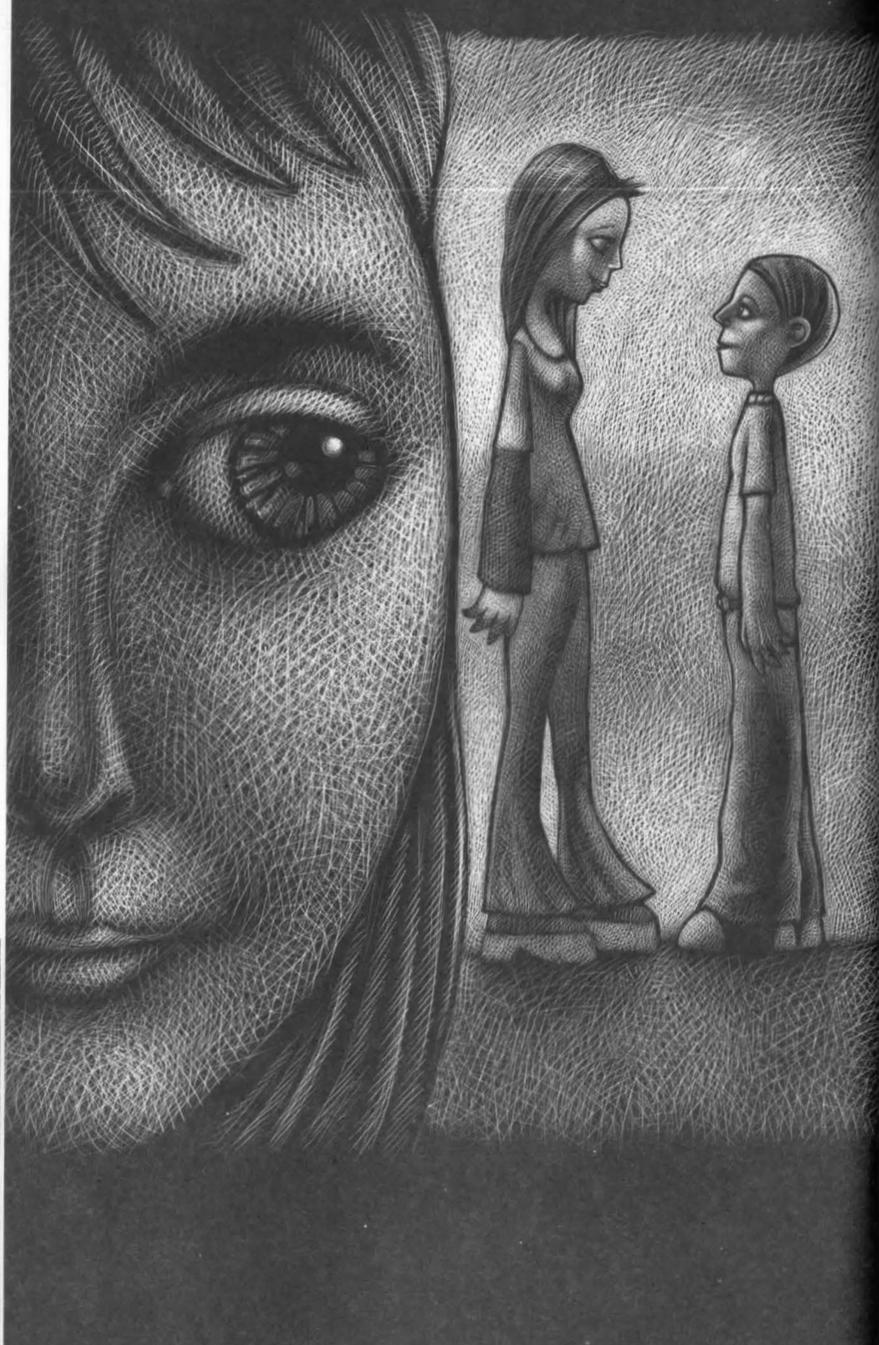
Y también a los espantafantasmas.
Me despierto porque empiezo a pensar en esos fantasmas que voy a tener que atrapar con mi hermanito.

Mi hermanito va a estar tranquilo. No tendrá miedo. Yo lo voy a proteger de todos esos monstruos que no existen en mi cuarto, pero también voy a prevenir que ningún monstruo se atreva a venir jamás.

Mi hermanito dormirá en paz aquí en nuestro territorio.

Bueno, también puede ser una hermanita. Mariana es un bonito nombre.





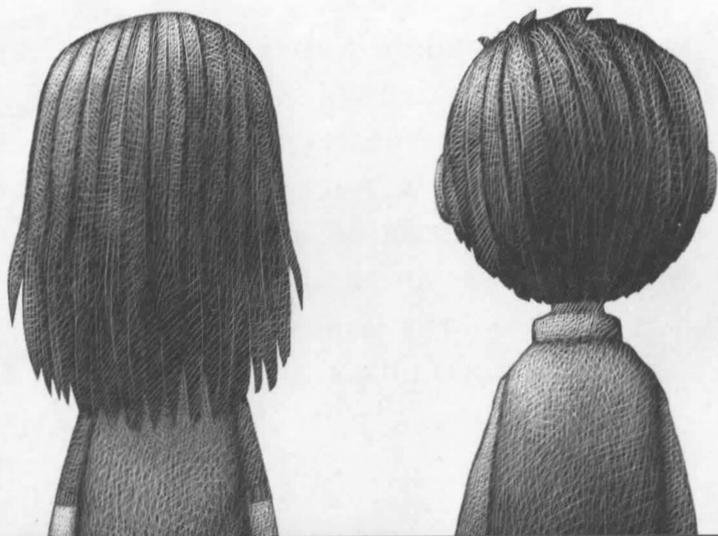
Palito mantequillero

A Federico le gusta la profe Gabriela. Nuestra maestra de sexto grado no es como las anteriores, y no sólo por su sonrisa blanca ni porque usa pantalones a la cadera y zapatos de goma, sino por sus chistes malos de los que todos nos reimos en clase porque, de lo malos que son, son buenísimos.

Además siempre nos está hablando de lo que nos viene, o sea, la adolescencia, de que nos saldrán granos en la cara, de que a los varones les saldrá barba y a las niñas senos (algunas ya tienen), de que iremos a fiestas y empezaremos a criticarlo todo. Pero nos habla de eso, no como hablan los papás, que ponen un tono solemne, sacan un libro recién comprado y muestran el proceso de la polinización de las plantas y de cómo un perrito masculino

conoce a una perrita femenina y se casan y viene el espermatozoide varón a la casa del óvulo hembra y un tiempo después nacen los perritos. No, ella nos habla de la gente común y corriente, como ella, como nosotros.

A Federico le gusta la profe. Y a la profe le gusta Federico. No hay duda. Pasa mucho tiempo con él, le brillan los ojos en clase cuando interviene en Castellano y lee esos poemas que él escribe. Bueno, a mí también me brillan los ojos. Es que a mí, desde Kinder, me gusta Federico. Y esto parece ya una telenovela de las que ve mi mamá a las 9 de la noche.



Fede y yo siempre hemos sido los mejores amigos del mundo. Jugábamos fútbol en el patio de recreo y nos contábamos los secretos de la clase, por ejemplo que Alejandra y Manuel estaban empatados, o que los papás de Raquel se divorciaron y por eso ella siempre salía llorando de la clase. Como los papás de Raquel estaban tan enredados en sus cosas, ni le celebraron cumpleaños, entonces nosotros dos creamos el plan XWZ: “Ayudemos a Raquel”. Entre todo el salón y con la complicidad del profesor de inglés —la maestra de aquel entonces no era buena gente— le hicimos una fiesta sorpresa con pastel de cumpleaños y todo. Raquel lloró mucho, pero se reía y lloraba y después de eso no volvió a llorar más en clase y jugaba con todos en el recreo.

Éramos tan amigos Federico y yo que nuestras mamás los fines de semana se ponían de acuerdo y un sábado una nos llevaba al Parque del Este y otra nos hacía un almuerzo el domingo o nos llevaba a la Galería de Arte Nacional (porque a nosotros nos gustaba meternos en “el pe-

netrable” de Jesús Soto, que es una escultura de cuerdas que tú entras y es como una selva), y al Museo de Ciencias a ver los animales disecados. Mi preferido era el jaguar, el de él un venado triste.

Fede y yo siempre hemos sido amigos, dije. Claro, nosotros nunca hablamos de ser novios. Yo nunca le dije lo mucho que me gusta y que a veces, cuando la maestra habla de la adolescencia y del primer beso, pienso en Federico. Y lo imagino más alto y con su pelo negro más largo y con la voz gruesa y con su boca cerca de la mía, muy cerca.

Pero desde que entramos a sexto él se la pasa más con la maestra que conmigo. Desde hace dos semanas pasan todo el recreo hablando. Tienen un secreto, es un secreto de amor porque yo veo que Fede se pone muy rojo y después cuando se acerca a mí evita hablar del tema. Desde que empezó el año escolar no salimos los fines de semana. No me confía sus secretos cuando antes me lo decía todo. Y he oído a mi mamá hablar con la suya por teléfono: “Es de entender, son grandes, ya las cosas no son como antes”, dice.

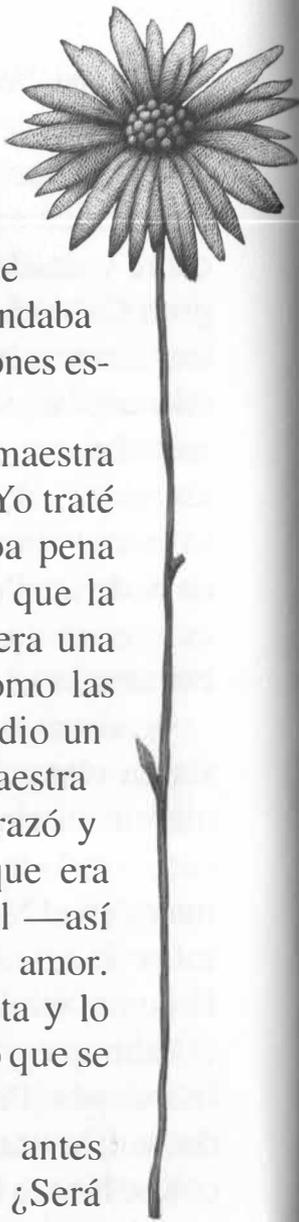
Lo que Federico no sabe es que el día que me quedé en la tarde en clases de flauta descubrí que la profe tiene novio. Vino a buscarla en esa moto dorada. Tiene el pelo catire y rizado y usa chaqueta de cuero. Le gritó Gabriela y ella salió corriendo como tonta, como hacen las protagonistas de las telenovelas, todo muy cursi. Y él la besó en la boca y ella lo besó más. Y se fueron juntos y a ella su pelo largo y marrón clarito (como el mío) le volaba al viento. Pensé en Federico llevándome en una moto como esa a comer pizza o a mirar el atardecer en el mar allá en La Guaira.

Al día siguiente Federico leyó una poesía en clase. Hablaba justo de su cabello marrón clarito y que parecía un venado, ese venado triste que no volvió a ver más nunca en el Museo de Ciencias. A la maestra se le aguaron los ojos y a mí también. Fede me miró y se puso rojo. Yo creo que él sabe que yo sé lo mucho que le gusta la maestra. Pero sé que nunca me lo va a decir. Él es tan tímido como yo para esas cosas. Nunca ha tenido novia. Nunca le he podido sacar si la que le gustaba en cuarto

grado, cuando empezó con lo de escribir poemas, era Alejandra, que en ese momento era novia de Ricardo, o Cristina, la grandota de quinto grado, que siempre andaba en minifalda y todos los varones estaban locos por ella.

En el recreo, Fede y la maestra se fueron al patio de atrás. Yo traté de acercarme pero me daba pena estar de espía. Entonces vi que la maestra tenía una flor, no era una rosa, era una margarita, como las que a mí me gustan. Él le dio un papel que ella leyó. La maestra sonrió como nunca, lo abrazó y le dijo —eso sí lo oí— que era un hombre hermoso, que él —así dijo— se merecía todo el amor. Entonces le dio la margarita y lo besó en el cachete. Y le dijo que se fuera, que era tarde.

¿Será que Fede creció antes que yo y no me di cuenta? ¿Será que le llegó la hora de su primer



beso y que será con la maestra? Recuerdo al hombre rubio de la moto y su chaqueta de cuero. Podría golpear muy fuerte a Federico que es flaco y debilucho. Debería decirle la verdad.

Quisiera ser un poco como la maestra Gabriela que siempre sonríe con su risa blanca. Claro, ella tiene los dientes mucho más bonitos que los míos que están todos torcidos. Los de ella son unos dientes para decirles poesías. No le tengo rabia porque es la mejor profe que hemos tenido. Nos cuenta cuentos de miedo sentados en el piso del patio y todos acurrucados y luego nos empieza a hacer cosquillas. Nos habla de la vida futura y no nos dice, como hacen los papás, que es un camino difícil y que debemos prepararnos para las adversidades. No, ella nos dice que la vida es una sorpresa, que siempre está dando regalos, pero que hay que aprender a verlos. Como cuando uno juega a “Palito Mantequillero”, hay que saber buscar, entre los miles de rincones, hasta hallar la piedra que alguien procuró esconder muy bien. Siempre aparece el “Palito Mantequillero”, pero

hay que saber ver y buscar y sólo así uno puede encontrarlo.

Entiendo por qué Federico ama a la profe. Y me da celos, pero no la odio, como las mujeres de las telenovelas que son rivales. Ella me cae bien, me parece buena gente, me encanta como se viste y esos zapatos con plataforma que usa son lo máximo. Además, ella siempre me mira bonito y me felicita porque soy buena en matemática y asegura que yo de grande voy a dar de qué hablar en el mundo, porque seguro que seré una científica inventora porque tengo talento para eso. No tiene celos de mi amistad desde Kinder con Fede, más bien un día me dijo que le hubiese encantado tener un amigo varón en la primaria, pero ella estudió en un colegio de puras niñas.

Pero tampoco puedo engañar a Fede que allá viene, después de hablar con la maestra, con cara de bobo y la margarita en la mano. Quiero salir corriendo, pero tengo que enfrentarlo, decirle que la maestra tiene un novio más grande que él y que seguro pega fuerte.

Se acerca y me dice:

—Hola Eloísa

Y yo le digo “Hola Federico”, no más y me pongo roja. No tengo agallas para entristecerlo. Como no las tuve aquella vez, en segundo grado, cuando murió el pez que él había traído para el acuario de la clase. Lo que hice fue comprar uno y sustituirlo y él nunca se enteró de que Efraín —así se llamaba su pez— ya no era Efraín sino un otro sin nombre que lo suplantó. Yo creo que Fede sintió algo distinto porque empezó a decir que



Efraín estaba últimamente muy activo, que parecía más joven y mejor dispuesto a ganarse su espacio entre los demás peces. Y es que Efraín, el verdadero, era como Fede y yo: tímido. Seguro que tampoco sabe bailar, ni canta porque desafina, ni es bueno para los deportes.

—Hola Eloísa —volvió a decir porque se quedó varado en el saludo.

—Ya se va a acabar el recreo —dije, por cambiar de tema.

—Es corto el recreo —respondió él y se quedó mirándome—. Él seguro sabe que yo sé lo de la maestra y no quiere hablar del tema. No le voy a decir nada. Aunque tengo que decirle la verdad verdadera.

—Yo hablé con la maestra Gabriela —confesó.

—Sí, ¿de qué? —y pienso que es una pregunta tonta, pero ¿qué le digo?

—De... amor —titubeó y se puso cien por ciento color rojo.

Yo me quedé callada y tuvo que seguir. Habló rápido, como si tuviera un cohete en la garganta.

—Ella dice que sí, que es mentira eso que dicen mis papás de que los niños no se enamoran y que como a los veinte años es que se empieza con eso. Ella dice que sí, que lo que tengo yo adentro es amor y que eso hay que decirlo. Ella me entiende y lo aprueba.

No quería seguir oyéndolo. Era ahora o nunca. Tenía que decirle lo del tipo de la moto, de sus botas vaqueras y que seguro era cinta negra en kárate. Pero no me dejó hablar:

—Yo pensé que sólo era por ese pelo marrón tan bonito, por todas las cosas que hablábamos, por esa complicidad en los recreos. Pero es más. Porque cuando pienso en el primer beso...

Lo imaginaba montándose en las escaleras del patio para darle el beso a ella que debe medir como uno setenta. Y que en ese momento llegara el tipo de la moto con su cara de matón.

—Eres muy chiquito —alcancé a decir para advertirle.

—Soy un preadolescente —me dijo seguro de sí mismo—. Y me dio el papelito.

—Léelo.

—No quiero —dije—. No quería saber más, no quería esa verdad.

—Yo te lo leo —dijo y no me dejó salir corriendo porque me agarró con una mano el brazo.

Y leyó el poema. Era hermoso. Hablaba de la belleza de su amada. De sus ojos, de sus manos, y sobre todo de su sonrisa. La maestra Gabriela debió sentirse muy feliz y por eso le dio la flor. Pero ella tiene novio y eso debe saberlo Fede.

—¿Qué piensas? —me preguntó—. Y en ese momento él no estaba rojo, sino morado fuscia, casi parecía una bomba a punto de explotar de esas de las comiquitas.

—¿Qué pienso de qué? —le pregunto indiferente, porque no sé qué decirle, porque si le digo que la maestra tiene novio se va a poner muy triste. Y no quiero verlo triste.

—Del poema —responde y esconde los ojos.

—Pues que le debió gustar mucho a la maestra.

—¿A Gabriela? Sí, a ella le gustó mucho. ¿Y a ti?

—Bueno... sí, claro que me gustó —le respondo mientras pienso que tengo que contarle la verdad, que ella no se merece ese poema, aunque sea tan chévere y buena gente.

—¿Y entonces? —me pregunta y eso es el colmo, porque no sé qué quiere. Tengo que decirle. Pero no. Mejor no.

—Tienes razón en el poema —le comento.

—¿De qué? —me mira sin entender y se pone rojo.

—Gabriela es bonita. Y tiene una gran sonrisa.

Él me mira sin entender.

—¿Y eso qué tiene que ver con el poema?

Y ahora la que no entiende soy yo.

—Bueno, que Gabriela, la profe, sus ojos, su cabello, ya sabes... —digo nerviosa.

Entonces él acerca su dedo índice a mi boca para hacerme callar. Y antes de que él hable ya lo he entendido todo. Y quiero como saltar o meterme diez

metros bajo tierra o dispararme en un cohete a la luna.

—Pero este poema es para ti.

Hubo un silencio.

—Pero los dientes de Gabriela son tan bonitos.

—Sí, pero la sonrisa más bella es la tuya —dijo.

Otro silencio. Y hubiese sido la oportunidad perfecta para el primer beso y las maripositas y el final de película. Pero no. Sonó el timbre para volver a clases.

—La profe me consiguió esta flor porque a ti no te gustan las rosas —me dijo y me dio la margarita.

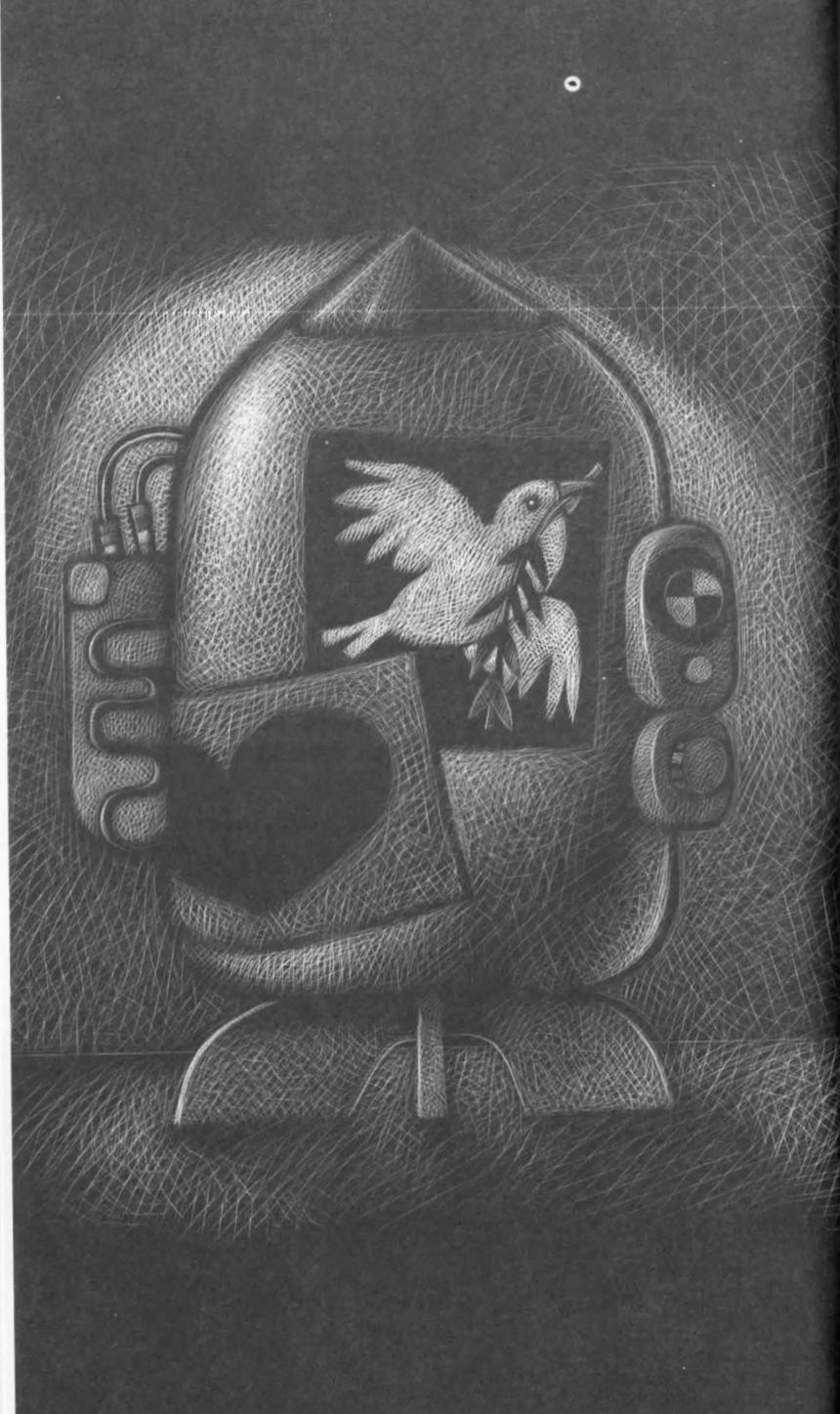
Y le dio pena y a mi también porque siempre hemos sabido ser los mejores amigos del mundo. Ahora no sabemos qué somos.

—Yo ahora también voy a tener que hablar con la maestra Gabriela para que me ayude —le dije—. Agarré la margarita y el poema y salí corriendo.

A lo lejos la profe sonreía y a lo mejor hasta tenía un



poco de celos de mí porque nunca tuvo un amigo así como Fede. O un novio como Fede.



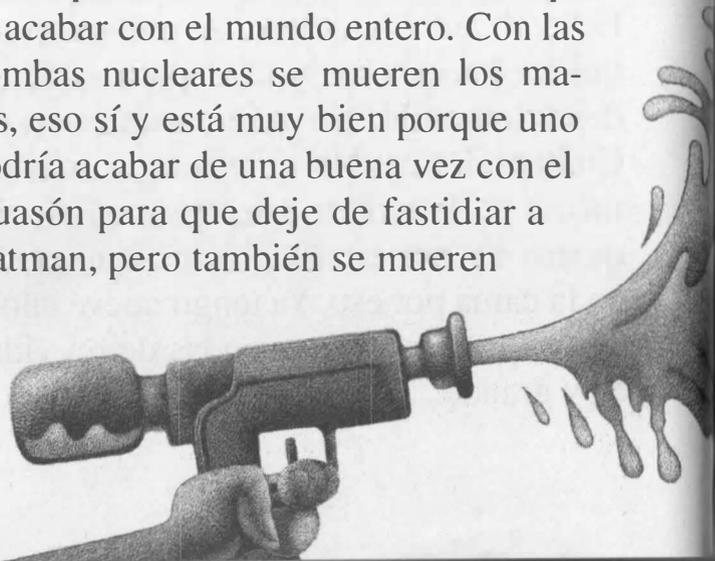
▣ La fórmula de la felicidad ▣

Quiero hacer una bomba. Lo confieso públicamente. Si me arrestan, lo diré ante los policías y lo repetiré ante el juez si es preciso. Quiero hacer una bomba, señores. Si quieren lo pongo por escrito. Hago mi testamento, que quede certificado ante la ley de la selva. No vayan a acusar a nadie más, yo soy el autor intelectual. Quiero hacer una bomba, sí señor. Pero no deseo que muera nadie. En realidad los quiero. A ambos. Sólo quiero hacer una bomba para que me dejen tranquilo. No quiero más crisis en Ciudad Gótica. No quiero estar más en medio de la tercera guerra mundial. No quiero hacerme más... (pipí, qué pena) en la cama por eso. Ya tengo nueve años. Tengo que tomar las riendas de mi vida. Soy grande.

Quiero fabricar un arma para volverlos buenos. En realidad, no sé, eso hay que explicarlo mejor. Ellos son buenos, superbuenos, tienen trabajos importantes, les gusta comer sushi, compran galletas de las que me gustan, saben nadar, sólo que no se pueden juntar porque estallan. Quiero fabricar un arma para que sean pacíficos, para que saquen la banderita blanca y se saluden, como saludan a los vecinos aunque les caigan mal o a mis abuelos aunque a veces les fastidien porque siempre hablan del dolor de espalda.

Un arma que no estalle, pero que los aleje. Que los calme. Que haga shhhhhhhhhh.

No quiero una bomba nuclear. No quiero acabar con el mundo entero. Con las bombas nucleares se mueren los malos, eso sí y está muy bien porque uno podría acabar de una buena vez con el Guasón para que deje de fastidiar a Batman, pero también se mueren



los niños y los perros chiguaguas y las señoras que venden chucherías en la avenida. Se morirían mis pericos y las vacas —no habría hamburguesas—, y eso sería muy malo porque no me ganaría los juguetes que vienen con las hamburguesas. Sólo sobrevivirían las cucarachas.

A mí me da igual salvar a las cucarachas, uno no puede jugar con ellas porque le dicen a uno cochino. Claro, mi mamá me agradecería. Las odia. Ah, probablemente también sobreviviría mi bisabuela porque tiene casi cien años y ella dice que es inmortal y yo le creo. Yo le pedí su secreto porque también quiero ser inmortal y saludar a mis tataranietos. Se lo dije la última vez que fui a verla a la casa ésa donde ella vive, donde guardan a los viejitos. Casi todos allí están chuecos. Menos mi bisabuela, porque ella es inmortal, ya lo dije. Ella me explicó, me dijo que era inmortal porque había vivido la guerra española y también porque después comió mucho jamón serrano. Yo como mucho jamón serrano. Y también sé de guerras. Así

que puedo ser inmortal como ella. Yupi. Quiero ser inmortal cuando crezca.

Claro, con una bomba nuclear moriría de una vez por todas el coyote y dejaría tranquilo al correccaminos y eso es bueno para la salud de la naturaleza y para hacer fracasar el negocio de Acme. Pero insisto. No quiero acabar con el mundo. Es un bonito lugar. Por ejemplo están las cebras, rayadas, libres, vegetarianas, corriendo por la selva sin meterse con nadie. Me caen bien las cebras. Los seres humanos deberían venir así, a rayas. Están los helados de chocolate, preferiblemente con una cereza arriba, que preparamos en casa. Y también están los carritos que venden helado con su musiquita y está el abuelo Lelé que le compra a uno la barquilla más grande. Están los dientes blanquitos de Eloísa, la muchacha del tercer piso que ya está en bachillerato, y que me saluda en las mañanas aunque yo sólo esté en cuarto grado. Claro, están las clases de inglés de la ticher Jelen que le echan a perder a uno el amor por el planeta Tierra y sus alrededores, pero tampoco

hay razones para acabar con la humanidad porque ella le ponga a uno 06 en los exámenes y lo dejen a uno castigado en el cuarto todo el fin de semana por eso.

El mundo vale la pena. Claro que sí. Tengo a mi tortuga Arena, por ejemplo, que es la reencarnación de un pirata porque tiene un ojo sí y el otro no. Suerte que tiene Arena que carga su propia casa a costas y se encierra dentro de ella y no se entera de nada de lo que aquí pasa. Claro, ella no es inmortal. Mi bisabuela y yo sí.

Quiero crear una fórmula para evitar la guerra. Una bomba sólo frena-rabiosos. Que se queden como si estuviesen jugando a la ere paralizada pero sin que nadie les toque jamás. Paralizadas las bocas, eso es importante. Paralizadas las bocas. Quizás si uno junta miel y leche condensada y crema batida y todo lo mete en una pistola de agua y va y los inunda con esa mezcla, pase algo —aparte del castigo—. Algo muy dulce debería acabar con las batallas, porque las batallas son saladas, estoy seguro, porque se parecen a cuando uno llora, que también es salado. Entonces

no habría guerra aquí. Y todo olería a torta recién salida del horno como cuando voy a casa de la abuela Tina. Ya sé, eso sonó como a fantasía de niño de primer grado. A quién se le va a ocurrir que el azúcar es tan poderoso, que acaba con el odio que sabe a remedio para la fiebre. Y a caca. Aunque nunca he probado la caca. Asco.

Una fórmula para que no se vean. Eso puede ser. Una goma de borrar gigante que borre a uno del mapa cuando aparezca el otro. Un muro alto como una montaña donde no puedan trepar. Una cárcel de esas donde encierran a los criminales más buscados y les ponen la comida por debajo de la puerta —claro, una celda para cada uno—. Una jaula de zoológico y que haya público y los vea y les dé pena, o mejor una pecera, para que no puedan hablar. Sobre todo para eso, para que no hablen. Yo los iría a visitar, lo prometo. Les llevaría eso tan asqueroso que tanto les gusta: salsa inglesa,



aguacate, pimientos picantes, ensalada de palmito. Eso sí, cero cigarrillos. Prohibido fumar.

O una fórmula para que huyan de mí. Para que no me metan en sus cosas. Podría llamarse la fórmula guácatela. Puedo comprar peo líquido en la casa de bromas y echármelo encima para que no aguanten el olor y salgan espantados. O regar sobre mí el pipote de basura que está en

la cocina y frotarme duro los pedazos de cebolla podrida o de huevo. O mejor dejo de bañarme. Más nunca. Eso sí me gusta. Dejo correr la regadera y espero afuera y listo. Comenzaré a oler. Así no querrán estar conmigo. Así no me halarán del brazo. Así no me preguntarán ni me pondrán a escoger. Claro, son tan torpes que se pueden confundir y echarme por el bajante del edificio con las sobras de la comida.

O una fórmula para la invisibilidad. A veces quisiera ser sordo.



No oírlos, porque ya lo otro lo logré, ya ni hablo, así que en mudo sí me convertí, soy un mudo tan buenísimo que nadie se entera ni cuando me hago pipí encima (qué pena) ni cuando estoy llorando. Pero no quiero escucharlos. Inventaré unos tapaos especiales, que transformen los gritos en notas musicales. Y ya no pueda oírlos decir esas palabras que yo no puedo decir y que cuando José Alfredo las dijo en la clase, la maestra lo mandó a la Dirección. Esa palabra con “c” que suena con rabia podría ser un do sostenido, esa palabra con “p” que da como un golpe podría ser un si bemol. Porque ahora pasa que yo también ya las quiero decir a veces, y esas palabras se meten hasta en la clase de música y transformo la melodía en rabia y el profesor me llama malcriado. Pero claro, siempre me han gustado sus voces, bueno, la verdad es que entonces, cuando me gustaban, era chiquito y me dormía con cosas como esas, ya saben, las canciones de cuna, los cuentos, esas cosas que ya no escucho. Que no me hacen falta porque estoy muy grande. Creo.

Sólo quiero que ella deje de llorar y de culparlo. Sólo quiero que él deje de gritar y de acusarla. Que al menos hoy pueda soplar las velas y picar la torta de mi cumpleaños con ellos. Quiero que mi papá y mi mamá dejen de pelear por un día. Por un solo día.

Quiero inventarme la fórmula de la felicidad.



Asaltacunas y plancharrugas

Lunes 8:00 am

Quisiera decirle que me gusta. Es tan linda. Su piel es marrón oscuro y debe ser suavecita porque se ve que es suavecita. Es alta y no lleva tacones porque al colegio no se puede ir en tacones. Tiene el cabello hasta la cintura. Es negro y está siempre enredado. Seguro que si le pongo una mariposa adentro se queda a vivir para siempre en esa selva de pelo. Pero, claro, yo no voy a ponerle una mariposa, más bien me gustaría que mi mano se quedara enredada en esa montaña de rizos sin peinar. Tiene los ojos más grandes del mundo. Unos ojos enormes y más negros que su pelo negro y que sus cejas negras. Unos ojos que nunca me miran de frente pero que son bellos porque siempre están

brillando en los recreos. Brillan más que el papel plateado que envuelve al chocolate y más que la bolsa de papitas fritas. Brillan como su cerebro que siempre está pensando y por eso todas las niñas están a su alrededor para que ella piense los juegos que van a jugar, la obra de teatro que van a hacer en el final de curso, el cuento que le van a echar a la maestra porque no hicieron la tarea y las mentiras que les van a decir a sus mamás para escaparse al centro comercial a ver tiendas. Es tan linda.

Quisiera decirle que me gusta. Es bello. Su pelo rubio casi no se le ve, seguro que su mamá lo obliga a cortarse el cabello con afeitadora. Su cabeza debe pinchar como un puercoespín. Es blanquísimo y se pone rojo si va a la playa y también se pone rojo si alguien le dice cosas como para ponerse rojo, como la vez aquella que Julián le preguntó si había visto una mujer desnuda de las que salen en las revistas de mujeres desnudas. Los ojos son azules, pero para darse cuenta hay que acercarse, porque son ojitos chi-

quitos y se esconden detrás de unos lentes gruesos. Parece un profesor con esos lentes, pero un profesor bonito, no como el que nos da deportes y me obliga a hacer parada de manos para reírse de mí porque soy malísima para la gimnasia. Él en cambio es bueno en fútbol y en natación y baila finísimo en las fiestas y toca batería porque está en las clases de batería de las tardes. Es bello.

9:15 am

Pero tal vez yo no le guste. Tan pálido que soy que parezco un fantasma, una sábana recién comprada, un pote de talco del que se echa mi abuela en los pies. Y lo peor es cuando me pongo rojo. No lo puedo evitar. Mis amigos lo saben y se aprovechan: hablan de esas cosas que los adultos creen que nosotros no hablamos y enseguida me pongo tipo tomate. Además tengo estos lentes y mis ojos parecen unos átomos de ojos, hay que buscar un microscopio para encontrarlos en mi cara aplastada. Y soy bajito, le debo llegar como a las rodillas a

ella, y eso que siempre anda sin tacones. Y ni canto, sólo sé tocar batería que no sirve para dar una serenata porque en seguida los vecinos del edificio de ella van a empezar a tirarme agua. Y con este pelo cocopelado parezco el señor calvo que trabaja en la panadería. Si ella sabe que fue por los piojos que me pegaron en la escuela más horrible le voy a parecer. Y para colmo de males, tengo diez años, estoy en quinto grado y ella tiene once, casi doce, está en sexto y se la pasa con todas las muchachas que tienen tetas, aunque ella no tiene tetas, bueno sí, tiene unas pequeñitas que ella disimula con las camisas anchas. Menos mal porque si tuviera las tetas como Carolina, entonces parecería mi mamá de lo grande.



Pero tal vez yo no le guste. Este pelo mío tan enmarañado, que no se acomoda con ningún champú acondicionador. Mis amigas tienen

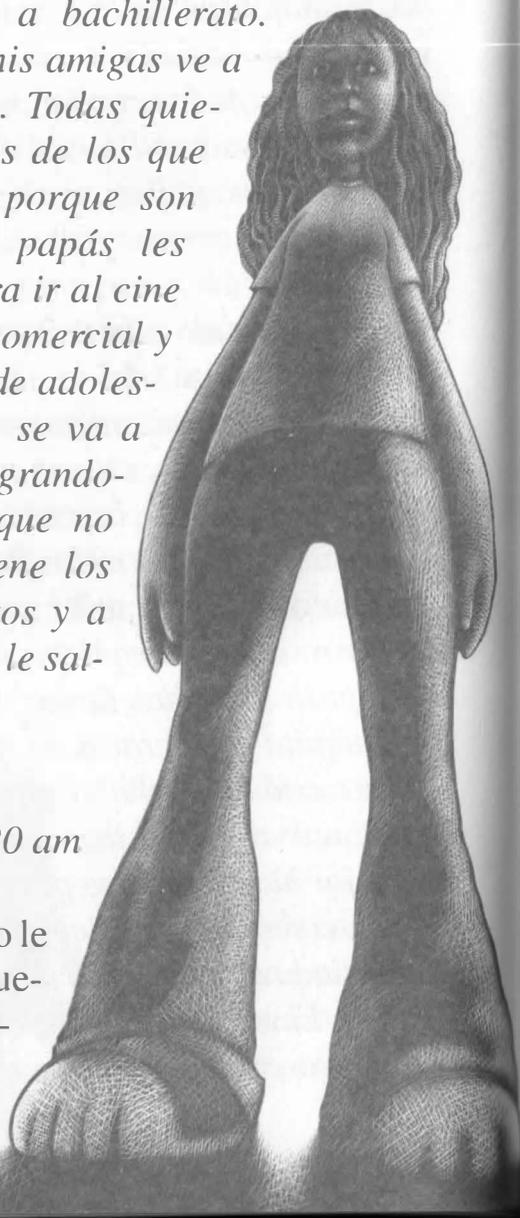
todas el pelo liso y rubio y largo y nunca se desordena. Y estos ojos míos parecen unas bolas de boliche de lo grandes, mi cara se ve miniatura al lado de estos ojos como los muñequitos de las comiquitas japonesas. Y en vez de estar utilizando mi tiempo para aprender a maquillarme o a peinarme bonito, como siempre me reclama mi mamá, no puedo dejar de estar organizándolo todo. No he aprendido a bailar porque no voy a fiestas, porque soy del comité de relaciones con la comunidad, miembro del grupo de defensa de las mascotas abandonadas en la calle, presidenta de la asociación de niños que visitan ancianatos los fines de semana, soy delegada de mi salón y dirijo el grupo de teatro. Pero además tengo que llegar a casa para hacer las tareas con mi hermana chiquita y esperar a mi hermano grande que está en bachillerato para ayudarlo a cocinar si mamá llega tarde ese día. A lo mejor hago todo eso porque no consigo novio, como me dice siempre Claudia. Soy demasiado alta, parezco una palmera. Alta y flaca. Él me debe llegar por la nariz pero es que yo crecí demasiado rápido, soy una

gigante. Y lo peor: estoy en sexto grado y él en quinto. Es decir, pronto voy a llegar a bachillerato.

Ninguna de mis amigas ve a los de quinto. Todas quieren ser novias de los que van al liceo porque son grandes, los papás les dan plata para ir al cine en el centro comercial y se las echan de adolescentes. Él no se va a fijar en una grandota aburrída que no baila, que tiene los senos chiquitos y a la que pronto le saldrá acné.

10:20 am

Pero tal vez yo le gusto. Soy bueno con la batería, con



el fútbol. Tengo unos lentes modernos y no soy ningún niño de quinto. Viene y me saca conversación, cree que no me he dado cuenta, pero es ella la que viene y me saca conversación. Eso que yo sepa no lo hace ninguna de las de sexto con los de quinto. Me pregunta por la batería, por el fútbol, me pregunta si yo voy al centro comercial como hacen sus amigas y como hacen los de bachillerato, aunque ellos siempre dicen que van solos yo sé que es mentira porque los llevan sus mamás en carro y luego los van a buscar. Ella me invitó a participar en el evento “Adopta una mascota” (aunque mi mamá me prohíbe las mascotas) y también me dijo que podía ser actor de su grupo de teatro y que si tenía ropa usada de adulto para darle a los abuelitos que no tienen familia —yo le di una blusa nueva de mi mamá sin que ella me diera permiso, ahora mi mamá está todo el tiempo preguntando que qué paso con su blusa de florecitas—. Ella me pregunto qué pienso del director del colegio y hasta un día me dijo que qué pensaba de la política de nuestro país, porque los

papás de ella viven hablando de eso y se pelean. Yo le dije que la política era una trampa para los adultos, porque siempre había unos señores que decían blablabla, ellos les creían y luego se arrepentían y los llamaban mentirosos. Ella se puso contenta con la respuesta y me dijo que yo era inteligente.

Pero tal vez yo le gusto. Tampoco es que mis ojos sean feos, son enormes y brillan tanto que parece que lloran, pero son como los de mi papá y mi abuela y seguro también como los de mis bisabuelos y tatarabuelos africanos que vinieron a este país como esclavos. Y soy inteligente. Él no se la pasa con las chamitas de su salón en el recreo y veo que se queda como esperando en la cantina y cuando yo llevo entonces se pone en la cola conmigo y pide la empanada y eso, nos ponemos a hablar y él dice que le gusta hablar conmigo porque yo siempre ando preocupada por la gente y no pienso en maquillaje ni quiero ser la reina de carnaval como las otras muchachas del colegio. Le gus-

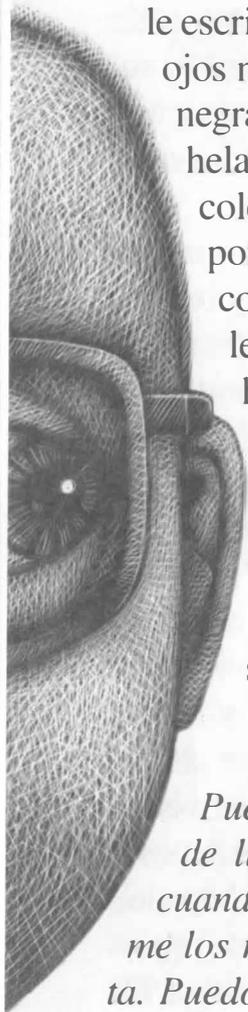
ta que le hable de política, pero también de las cosas que yo invento para que las otras chamas de mi salón engañen a sus mamás para ir al centro comercial. Él se ríe y me dice que soy cómica. Me pide que le cuente sobre el libro que estoy leyendo y se pone serio y me dice que soy muy seria. Y le gustan mis opiniones sobre lo que está pasando en el país: yo le digo que me da rabia que existan tantas peleas por la política, que haya familias enteras que no se hablen, que nadie se ponga de acuerdo y que haya gente que prefiera ser indiferente a todo. Es un enredo pero, bueno, él entiende.

11:02 am

Le voy a decir que me gusta. Me voy a ir donde está ella con una rosa roja y le voy a decir que me gusta y que ella se parece demasiado a la rosa roja. O me monto en el techo del colegio y grito que ella me gusta burda, así alto para que escuchen todos los de primero, segundo, tercero, cuarto, quinto y sexto. O hago un graffiti que diga TE

AMO en mayúsculas para que no quede ninguna duda al respecto. O le mando un e-mail anónimo diciéndole que es la muchacha más bonita de todo el colegio. Mejor le escribo un poema que diga algo de sus ojos negros y su pelo negro y sus cejas negras. O, no sé, puedo brindarle un helado o un chupichupi a la salida del colegio, mientras ella espera el transporte y cuando se lo coma decirle, como dice Ramón cuando quiere levantarse una chama, “quién fuera helado”. O puedo poner un aviso en el periódico escolar. O escribirlo en el pizarrón de su clase antes de que llegue la maestra. Decirle te quiero es fácil, son dos palabras, se dicen rapidito y uno sale corriendo.

Le voy a decir que me gusta. Puedo ir caminando con un montón de libros y hacer que se me caigan cuando él esté frente a mí, entonces él me los recogerá y yo le diré que me gusta. Puedo dejarle una carta en su morral



diciéndole que no me importa que esté en quinto, porque él es maduro y piensa sobre las cosas de la vida. También puedo mandarle un mensaje de texto a su celular; porque él tiene celular, porque como es hijo único su mamá lo tiene consentido. Eso dice él, yo creo que lo que quiere es controlarlo todo el tiempo. Puedo comprar un montón de globos y escribir en ellos que él me gusta y lanzarlos en el recreo cuando todo el mundo vea. O tal vez puedo ser más atrevida y esperarlo a la salida y darle un beso en el cachete, o —por qué no— en la boca y después que él pregunte por qué hice eso le diré tú me gustas. O si le escribo un poema que diga “me gustas cuando callas porque estás como ausente”, y le digo te quiero, es fácil, son dos palabras, se dicen rapidito y uno sale corriendo.

12:33 pm

Y si le digo que me gusta se me pondrán los cachetes calientes calientes



que es lo que yo siento por dentro cuando por fuera me estoy poniendo colorado como una manzana. Me veré ridículo rojo, pequeño, tonto, un niño de quinto grado queriendo ser novio de una de sexto, a quién se le iba a ocurrir. Y ya sé, los de mi salón son así: me dirán el plancharrugas porque ella es más grande, una vieja de sexto. Pero lo peor es que ella me puede dar una cachetada muy duro y decirme ¿qué te has creído tú? Se va a reír de mí (sobre todo si llego con la rosa roja) y me dirá que sólo soy un niño de quinto grado. Irá a donde sus amigas y todo el mundo se va a enterar de lo mucho que me gusta. Y si le mando el e-mail anónimo tampoco vale, porque puede pensar que se lo escribió Alexander, el fuertote de sexto C del que todas las de quinto están enamoradas, así que no vale, le estoy haciendo el trabajo a él, que es fuerte y alto, pero bruto. Lo del poema tampoco sirve porque no sé qué decir además de que su pelo y sus ojos y sus cejas son negros ¿con qué rima negros?

Y si le digo que me gusta capaz y se me queda viendo como diciendo ¿qué te pasa, qué te has creído tú grandotota? Eres muy vieja para mí. Todos dirán que soy una asaltacunas, una muchacha grande con cerebro de mosquito enamorada de un niño. Y a besarlo no me voy a atrever, voy a temblar de pies a cabeza, me voy a desmayar, o me va a dar asma y voy a tener que sacar la bombita con el remedio ahí delante de todo el mundo. Y a su celular no puedo mandar ningún mensaje porque resulta que el celular en verdad es de su mamá y ella se lo presta, y si después ella revisa los mensajes y se entera de la verdad, seguro que lo castiga. Y no puedo esperarlo a la salida porque el señor del transporte me va a tocar corneta y todos van a salir por las ventanillas a decir fíu fíu, son novios: la vieja de sexto y el chamito de quinto... El poema que pensé no sirve, ese lo escribió Neruda, un poeta chileno que le gusta a mi tía abuela. Además, a mí también me gusta él también cuando habla, no sólo cuando calla, así que no funciona.

12: 58 pm

No importa, se lo digo ahora que es la hora de la salida. Es ahora o nunca. Allá viene por el pasillo con las amigas alrededor pidiéndole ayuda en la tarea de matemáticas. Ahora se queda sola. Es el momento. La miro. No me pondré rojo. Le diré que me gusta aunque yo sea un enano, le diré que quisiera darle un beso aunque tenga que montarme en un pupitre. Me detengo. Ella se detiene. Levanto la mano. Hablo. Le digo la frase: Me...

No importa, se lo digo, ya va a ser la hora de la salida. Si él me rechaza pues saldré corriendo y más nadie me va a ver en este colegio. Ya viene por el pasillo, es hora de decirle adios a estas chicas que sólo me buscan para que las

ayude con las tareas o con los novios. Se lo voy a decir de un sopetón, así: tú me gustas, vale, no me importa que estés en quinto ni que voltees los ojos cuando te miro porque a lo mejor tú también me estabas mirando y lo que hiciste fue disimular. Me detengo. Él se detiene. Levanto la mano. Hablo. Le digo la frase: Me...

1:00 pm

Creo que me iba a decir algo. Hablamos al mismo tiempo y no completamos la oración. Es como si su frase y la mía se hubiesen hecho un lío. El latido del corazón me sonaba más fuerte y era como si todo el pasillo se hubiese puesto muy rojo. De mi boca salió su voz y de la de ella salió mi voz. ¿Me qué...? Pregunté y ella me preguntó ¿me vas a decir algo? Total es que me atoré, se me enredó la lengua, me puse rojo, me reí, me quedé callado y me fui. Cuando caminaba por la vía contraria a ella, me volteé, ella también, pero no sé, la frase se me quedó en el cuello como un presentimiento de

que sí le gusto, de que tal vez mañana si lo intento funcione.

Creo que me iba a decir algo, los dos hablamos y los dos dejamos de hablar. Los dos preguntamos y los dos dejamos de preguntar. Él me dijo ¿Me qué? Y yo también le pregunté que qué me iba a decir. Todo estaba dando vueltas, el colegio era un parque de diversiones lleno de luces. Luego me quedé callada, él también se quedó callado y se fue. Yo no me atreví a decirle lo que le iba a decir porque a lo mejor él iba a decirme otra cosa, que le caigo mal o yo qué sé. Y nos fuimos en sentido contrario y al caminar me volteé y él volteó al mismo tiempo y me dio un golpe en el corazón y creo que algún ángel de la guarda me dijo al oído que no cerrara la puerta, que tal vez mañana, mañana sí. Aunque no le creo mucho a ese ángel de la guarda. Mentiroso. No, mejor sí le creo, va a ser más bonita la tarde de hoy si espero a mañana contenta.

Martes 8:00 am

Quisiera decirle que me gusta. Es linda. Su piel es marrón oscuro y debe ser suavecita. Hoy le tocó izar la bandera cuando cantábamos el Himno Nacional y pude quedarme todo el tiempo viéndola. Lleva una cola de caballo azul para domar ese cabello sin orden como si tuviera que posar para la foto de fin de curso. Hoy, a la salida de clases, le digo.

Quisiera decirle que me gusta. Es bello. Su pelo rubio casi no se le ve, seguro que su mamá lo obliga a cortarse el cabello con afeitadora. Lleva una correa de cuero con un escudo de vaquero, si se la ve el profesor de inglés lo manda a la Dirección por no respetar el uniforme. Me miró y lo miré. Hoy, a la salida de clases, le digo.

Miércoles 8:05 am

Hoy sin falta le digo.
Hoy sí me atrevo y le digo.





■ ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE GRÁFICA CONCEPTUAL EN EL MES DE NOVIEMBRE DE 2014.

DESDE **10** AÑOS

Cuentos prohibidos por la abuela

Mireya Tabuas

Ilustraciones de Walther Sorg

Este libro lo conforman cuatro cuentos:
Hay un monstruo horrible en mi cuarto,
Palito mantequillero, La fórmula de la
felicidad y Asaltacunas y plancharrugas,
cada uno de ellos, a su manera,
se conecta con tus miedos, necesidades
y deseos... una vez leídas estas historias
ya nada será igual...

ALFAGUARA

INFANTIL JUVENIL

ISBN: 978-99905-2-660-8



9 789990 526608